HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I Nº 1

1960

EL SUICIDIO METAFÍSICO

Dr. Michele F. Sciacca
Universidad de Génova

El suicidio "metafísico" manifiesta la exigencia, compleja y profunda, de querer ser el Todo con la muerte voluntaria, dada la imposibilidad de serlo aceptando la vida en todas sus dimensiones. Aunque esta forma de suicidio, como las demás, tiene toda una gama de actitudes, cada una corresponde a posiciones diversas del mismo problema. Dos de ellas nos parecen fundamentales: a) Ser el Todo con la práctica perfecta y heroica de la virtud *(posición ética);* b) O con la negación de lo humano, condición para actuar lo absoluto de la libertad, como absoluto del hombre "nada más que hombre" *(posición ontológica)*.

La posición ética del suicidio metafísico tiene ya un nombre consagrado por la tradición filosófica y literaria: el suicidio estoico, que involucra el problema de la libertad en sus raíces metafísicas. La distinción de los estoicos entre "las cosas en nuestro poder" y aquellas que no lo están, interesa también a la muerte: no está en nuestro poder la muerte natural o la separación del alma del cuerpo, pero está en nuestro poder la muerte voluntaria, para evitar la del alma consistente en la destrucción de la virtud. El suicidio no es una necesidad inevitable para el que vive según la virtud (esto es, el que sabe evitar la muerte espiritual), pero se vuelve un deber ineludible cuando la elección está entre el vivir no según la virtud, y el morir voluntariamente para no perecer espiritualmente. La muerte natural, aquella que no está

en nuestro poder, pertenece a las cosas "indiferentes": interesa a la naturaleza física y no a la ética; la otra, la espiritual, interesa a la esencialidad misma del hombre, en cuanto, como dice Séneca, han muerto aquellos que no ejercitan más la virtud. Esta muerte se evita quitándose voluntariamente la vida, anticipando la muerte o la separación del alma y del cuerpo, es decir, *escogiendo* la muerte física, que, de cosa fuera de nuestro poder e indiferente, deviene así acto de libertad, ejercicio de poder y por eso ya no indiferente, sino acción libre: libre, responsable, racional.

Hay un punto de contacto entre la posición estoica y la epicúrea: la muerte natural no nos interesa (cuando ella viene, nosotros ya no somos) y por eso nos debe ser indiferente, también porque —agregan los estoicos— está entre las cosas fuera de nuestro poder, esto es, que no dependen de nosotros, no seleccionadas y queridas. Por otra parte, es esencial al existir según la virtud, despreciar todo lo que no depende de nuestra voluntad; luego, también la muerte. Ejercitarse en este desprecio es conquistar la sabiduría de ser libres juzgadores (árbitros) del vivir o morir, según el comando de la razón. Sólo así el hecho empírico de la muerte natural deviene "un permanente y consciente poder morir", listo para ser actuado cada vez que el "destino", que nos ha puesto en una determinada condición, pide a la razón misma que ordene la ejecución. Aquí no se trata para nada de aceptar el destino del hombre (la muerte) transformándolo así en un acto de libertad (como interpreta algún filósofo contemporáneo, que, bajo la apariencia de descubrir profundidades inéditas en el pensamiento griego, en realidad demuestra entender muy poco de esta materia); sino de conquistar la libertad interior, de cometer el suicidio cuando se presenta, en determinadas circunstancias, una necesidad moral, para lo cual el acto exterior del suicidio mismo se vuelve un hecho secundario, y solamente el medio necesario para la realización de un fin que no es la muerte querida y actuada. Aquí el acto de proporcionarse la muerte no es él mismo afirmación de la libertad, sino la liberación de ella desde la esclavitud o desde una esclavitud, dada por una particular circunstancia. En

este segundo caso, además que *via liberationis,* es también, como quedó dicho, *via libertatis.* Pertenece a este segundo modo de entender el suicidio estoico, la muerte de Catón (no quiere sobrevivir a la terminación de las libertades republicanas), Lucrecia (se rehusa a sobrevivir al ultraje de su virginidad), Aníbal (escoge la muerte antes que vivir prisionero de los romanos), etc. Todos obedecen al imperativo de la razón como lo ha formulado Séneca: "tú no debes vivir bajo la necesidad, porque no hay para ti ninguna necesidad de vivir".[1] Y no la hay, en cuanto la vida y la muerte no son cosas en nuestro poder, y por eso indiferentes, hasta cuando la razón, según las circunstancias, nos exige vivir o morir, esto es, no ordena poder actuar libremente aquel "poder

[1] También la muerte de Sócrates en la interpretación estoica, es voluntaria en el sentido de rechazar el vivir como fugitivo fuera de su patria, como es estoica cada muerte escogida voluntariamente para no sobrevivir a una situación degradante; en la cual se lesiona la libertad. Así es la muerte de Bruto, cuya "alma viril" rehusa "en los infaustos días" (Leopardi) y contra el lado adverso afirma por el suicidio su voluntad de victoria: sobre la balanza del "destino", que ha humillado la "virtud", lanza la protesta extrema de su cadáver, en la desesperada esperanza de que su muerte tenga un futuro y por eso constituya una victoria de la virtud. Son "estoicos", en este sentido, todos los suicidios que siguen a una derrota militar, por ejemplo, el de los alemanes, después de la primera guerra mundial y de los mismos alemanes, japoneses, etc., durante y después de la última guerra. En estos límites se ha realizado siempre el suicidio estoico, aun antes de que lo teorizara (la "Stoa") y es fuerza que exista siempre. Es estoico también el suicidio del que sale del teatro de la vida, porque se aburre de representar su papel o porque ella deja de gustarle, o deja de darle satisfacciones (por ejemplo, el caso de Petronio). Aquí la nota estoica es dada solamente por el simple hecho de encontrarse en el estado de ser libres de vivir o de morir, según el imperio de la razón; pero la causa no es el rehusar vivir en la esclavitud (pérdida de la libertad, etc.), sino más bien es el aburrimiento y el cansancio de continuar la vida. Es la versión estoica del suicidio estético. Aparte de esto, el suicidio de tipo estoico es una instancia siempre viva en la conciencia humana y es una instancia ética: autonomía del hombre en cuanto ser voluntario y racional, frente a la vida y a la muerte, señor de la una y de la otra, de manera que él pueda obedecer libremente —en la adquirida indiferencia frente a la muerte natural como cosa que no depende de él— a la orden de la razón que juzga un bien quitarse la vida en una condición no concordante con su libertad y a la cual no es razonable sobrevivir. En este caso, aceptar la muerte y proporcionársela sin pasión y en la absoluta indiferencia, es un acto simplemente racional, necesario a la autonomía de la razón misma conforme a la libertad frente a la vida y a la muerte. ¡Cuánto escepticismo en esta sabiduría desolada y compleja, hecha de desesperación disimulada en la racionalidad más destacada!

vivir" o "poder morir", de los cuales nosotros mismos nos hicimos libres jueces.

Pero la posición ética del suicidio estoico adquiere la plenitud de su sentido metafísico en aquello que se entiende como "via liberationis". Quiere el hombre estar colocado frente a lo absoluto de la perfección, al ideal que, no sólo normativo o concepto límite, debe ser realizado a fin de que sea el Todo. [2] Vivir cuando no se puede ser virtuoso a la manera de Dios, es la caída, el pecado, la derrilección. La exigencia de la razón es incondicionada: *si no puede ser el Todo, si no puedes liberarte de tus debilidades, libérate de la vida.* Bajo este aspecto, el suicidio se presenta como una necesidad inserta en la sabiduría estoica como tal, y por eso, como la denuncia y la confirma su fracaso, esto es, la imposibilidad de ser sabios, o si se quiere, de la no racionalidad de una parecida sabiduría que, como no razonable, es insensata. El estoicismo se niega a sí mismo. Estas afirmaciones merecen ser aclaradas y profundizadas.

El estoico, como hemos dicho, se proporciona la muerte corporal (cosa indiferente ya que vivir no es necesario) para huír de la muerte espiritual, esto es, cuando no pudiendo ejercitar la virtud, no quiere ser presa de las pasiones y del mal. Pero, ¿cuándo puede ejercer la virtud de modo absolutamente libre, perfectamente racional y liberado de toda esclavitud? Evidentemente nunca. Él sabe que cualquier ocasión humana está condicionada, puede ser más o menos virtuosa, pero nunca jamás puede ser la virtud plena en la plenitud de la libertad absolutamente incondicionada. De aquí el imperativo: "abstente", esto es, refúgiate en ti mismo, en la pura "ataraxia", en el no-querer nada, en el querer el no-querer.

"Y tú, por tu parte, no querrás ser ni capitán de ejército, ni presidente de concejo, ni cónsul, sino libre: y para esto hay un solo

[2] Usando la terminología kantiana, podemos decir que el suicidio como "via libertatis" es un imperativo hipotético "si te encuentras en estas condiciones (si las libertades republicanas están oprimidas, si caes prisionero del enemigo, etc.) tú no debes sobrevivir, debes quitarte la vida"; aquello como "via liberationis" es el imperativo categórico *"tú debes* quitarte la vida, dada la imposibilidad invencible y siempre actual de realizar en el mundo la salvación o el cumplimiento de tus fines".

camino, que es el de no cuidarse de las cosas que no están en nuestro poder". Este consejo de Epicteto (que también contiene una profunda virtud), de ser sólo libre, simplemente significa: "tú puedes ser libre, sólo si quieres la pura libertad indeterminada, tu mismo querer". Es la libertad vacía, plena solamente de la angustia de su vacío, de la potencia estéril de su complacida impotencia. "En nuestro poder" quedan solamente la libertad sin ejercicio y la virtud sin posibilidad de actuación, en cuanto cada una, acto libre y acción virtuosa, niegan necesariamente lo absoluto de la libertad y la perfección de la virtud. No hay tránsito de la libertad al acto libre, de la virtud a la acción virtuosa; de la "ataraxia" y de la abstención a la esclavitud y al pecado. Por consiguiente, la determinación se pone en términos de este *"aut aut":* o la angustia de la libertad cerrada y suspendida en el vacío de sí misma o la muerte espiritual. Pero una libertad prisionera de su absoluta indeterminación tampoco es libre (cualquier cosa quiere, quiere el mal), un sabio que no puede ejercer la virtud no es sabio y una virtud que no puede calificar una acción no es virtud. Esta no es la paradoja, sino "lo absurdo" del estoicismo. El estoico por necesidad intrínseca de su misma posición, está condenado a la muerte espiritual; pero dado que la muerte natural le es indiferente y que es preferible a la otra, está necesariamente condenado al suicidio. Pero de este modo el suicidio estoico pierde todo sentido y valor moral. Por una parte, el estoicismo es una especie de protestantismo de la antigüedad (cada acción humana es pecaminosa porque el pecado ha hecho sierva a la libertad) y por la otra, faltando el dogma de la obra reparadora de la Gracia Divina, es un "pelageanismo" *ante litteram* (el hombre tiene el poder de salvarse por sí solo), esto es, la contradicción de una libertad absolutamente esclava (el hombre no puede ser nunca perfectamente virtuoso) y al mismo tiempo absolutamente libre como posibilidad; es decir, la contradicción del "hombre que quiere ser Dios".

Epicteto, en efecto, aconseja todavía gobernarse durante toda la vida como en un banquete: si la comida se detiene frente a nosotros, tomarla moderadamente; si pasa lejos, no retenerla; si no

llega, esperar igual que para todas las demás cosas. Si así hacemos, seremos dignos "de sentarnos a la diestra de los dioses". Pero la virtud de la templanza y de la moderación, que es indiferencia para todas las cosas que no están en nuestro poder, no es la verdadera sabiduría, ni la plenitud de la libertad: tomar con moderación las cosas del mundo es siempre debilidad, y también caída: no basta al sabio sentarse a la mesa con los dioses. "Si tú no tocas lo que te será puesto delante y no lo tomas en cuenta, tu serás digno no sólo de sentarte con los dioses a la comida, sino también de reinar con ellos". El ideal del hombre es volverse dios y reinar, como un Dios. ¿Cómo? Absteniéndose de tomar también moderadamente, esto es con la renuncia total, condición necesaria para ser el Todo; y según el consejo arriba citado, en el no comer, en el rehusar también las migajas del banquete de la vida, es decir, en el condenarse al suicidio, dado que la alternativa es: o la muerte física o la espiritual, que debe evitarse a cualquier costo. Por otra parte, para vivir "en estado conforme a la naturaleza", es necesario antes cumplir cualquier acción (es todavía Epicteto quien aconseja) que nosotros conozcamos la esencia y las circunstancias de la acción misma, de manera que todo sea racional, previsto y conocido, y nada conferido a lo imprevisto y a lo ignoto. En otras palabras, se requiere conocer el orden del universo, la necesidad racional que lo gobierna, es decir, todavía ser Dios. En efecto, si pudiesen preverse todas las consecuencias de una de mis acciones (también ínfima) y conocer cómo ella se inserta en el orden universal, sin confiar nada a lo imprevisto y de manera que nada permanezca ignorado, conocería el orden universal mismo, la necesidad racional del cosmos, esto es, todavía poseería el conocimiento propio de Dios, sería Dios mismo. Pero esto es imposible; en cualquier caso la tranquilidad del alma estaría en grave peligro; también, para vivir "en estado conforme a la naturaleza", no hay que quedarse fijos en este estado, abstenerse de toda acción. Esto es: renunciar a ser virtuosos, en cuanto, en cada circunstancia, ninguna acción puede ser perfectamente conforme a la virtud. La libertad y la virtud misma experimentan así la angustia de "ser nada" por no po-

der ser Dios. Por otra parte, también necesariamente, durante nuestra vida, contaminarse y sufrir la muerte espiritual, el suicidio, se impone como una necesidad, no como la muerte libre, sino como aquella necesaria, sin otra posibilidad de elección: conclusión absurda de una absurda libertad. La vida en cualquier caso, contamina e impide reinar con los dioses; pues el suicidio es la necesidad ineluctable del hombre, el destino adherido a su querer ser "una pasión inútil". El estoico, el sabio del "vive según la razón", es el enemigo encarnizado de todas las pasiones, es el "insensato" el que se forja la "pasión" inútil de ser dios. [3] Adversario de cada fanatismo y héroe de la indiferencia, es el fanático de la autonomía racional, de la autosuficiencia de la voluntad, de la divinización del hombre. El suicidio no es el acto libre por el cual se es árbitro de la vida y de la muerte, sino la consecuencia ineluctable de este fanatismo.

Tal posición ética del suicidio metafísico (que, como tentación, es una posibilidad inherente a la existencia) obedece a profundas exigencias ontológicas, que, distintas de las reacciones psicológicas, van a aclararse y recuperarse sobre un plan distinto. Antes que todo, la exigencia del Absoluto de realizarse a través de la perfecta virtud. Todo equívoco es aquí, en cierto sentido, "errante", pero "errante" es lo que, cargado de una verdad, la hace caminar fuera de dirección: la verdad que basta situar otra vez en la buena vía. El estoicismo (y las posiciones análogas) son la tentativa de satisfacer la exigencia del Absoluto y el fin último del hombre con la sola ética (no moral), que se pone como religión; pero en el momento más alto y omnicomprensivo coincide con la racionalidad pura y absoluta. En otras palabras, el hombre se cumple y se salva solo. El suicidio (aunque no efectuado, lo que es secundario) se vuelve una necesidad invencible, el acto inmanente a esta posición, como lo único que comporta el rechazo total de

[3] Nótese cómo la exigencia estoica, en sus aspectos negativos y positivos está hoy viva, actual, no solamente en algunos existencialistas, sino en muchos factores del pensamiento moderno y contemporáneo, y en algunas manifestaciones de la cultura europea.

todo aquello que no es esencial a nuestra perfección, la medicina radical a la caída inevitable en las debilidades y en la muerte espiritual, la afirmación suprema de la libertad de la vida, nuestro poder juzgarnos árbitros de nosotros mismos, nosotros mismos en el acto de salvarnos en la renunciación indiferente a todo, y en el sacrificio a la dirección de la razón. El que cree que el hombre se cumple y se salva solo, metafísicamente, es siempre suicida, aunque se muera de muerte natural, es mártir al contrario, aunque nadie lo mate, quien cree que solamente Dios puede cumplirlo y salvarlo y toda la vida dispone a este cumplimiento, desde lo Alto de la existencia. No obstante, en la posición estoica, la exigencia ontológica de la salvación y del cumplimiento, más allá y a costa de la vida, es vivísima y perentoria,[4] también es transferida del plano religioso al puramente racional, se convierte de exigencia del Absoluto en voluntad de ser como lo Absoluto mismo. En efecto, otra cosa es decir que el hombre, como aquel que participa del Ser, tiene una presencia de lo divino que ontológicamente lo empuja a elevarse hasta Dios, quien solo puede cumplirlo y salvarlo (aquí el momento moral-racional tiene su cumplimiento en lo religioso), otra cosa es decir que la suprema posibilidad del hombre, a costa de todo, es el ser el mismo Dios o también volverse parecido a Él con sus solas fuerzas o, de todas maneras, cumplirse y salvarse por sí mismo, sea también por el suicidio. Pero queda válida la exigencia ontológica de cumplimiento y de salvación en lo Absoluto y no en el mundo natural e histórico.

La Posición Ontológica

Diversa de la posición ética del suicidio metafísico (aunque la incluya y tenga con ella puntos de contacto) es la *posición ontológica,* la cual no obedece a exigencia de cumplimiento y salvación (ser como Dios o parecido a Él) pero de "absolutización" del hombre y de la libertad (inmanencia del hombre en sí mismo) en la forma negativa del trascender lo humano. Esta posición es consciente hasta cuando el hombre queda sobre su plano y tiende a lo que es "humano" tender y actuar, la autosuficiencia es su "imposibilidad" insuperable e ineliminable de "más allá" trascendente (como lo es en los estoicos): no podemos permanecer hombres, por cuanto perfectos, y ser parecidos a Dios. También ordena huír de todas las determinaciones de la voluntad, en cuanto fatalmente limitativas del absoluto de la libertad, todas parciales y relativas, pero sin la esperanza de actuar, con y más allá de la muerte, el ideal perseguido y sin una finalidad de todas maneras positiva. El suicidio metafísico de tipo estoico es dictado por la exigencia de evitar la muerte espiritual, y por el ideal de ser "positivamente" parecidos a Dios, o común a la plenitud de sí mismo; el suicidio metafísico de tipo ontológico está sugerido por la exigencia de ser lo Absoluto negativo no pudiendo ser lo positivo: ser la Nada, hacer *tabla* rasa de la existencia condenada a lo finito y en lo finito. *Por no poder ser lo que quiere ser no quiere ser lo que puede y debe ser:* No pudiendo ser lo Absoluto, no debo ser ni siquiera relativo a mi humanidad. De aquí la absoluta indeterminación de la voluntad como afirmación negativa de lo Absoluto de la libertad, y la consiguiente tentación del suicidio para huír a aquella caída queriendo en cualquier modo algo. También en esta posición hay una afirmación, sea también negativa, de la trascendencia del ser y del valor; en efecto, ello admite implícitamente que lo Absoluto trasciende toda determinación. La reducción a cero de los límites determinantes atestigua, en el fondo, un momento místico, en el sentido que pone "el más allá" de cada determinación, la plenitud y lo absoluto del ser, que quiere captar negativamente y afirmar en el absoluto negativo de la libertad, que es precisamente el suicidio.

En la posición ontológica del suicidio metafísico se actúa verdaderamente el *vértigo de la libertad,* cegada (no "enamorada")

[4] Ella está presente también en la forma más alta del suicidio estético (fijada eternamente en el ápice de la imagen de la verdad y de la belleza), y, también aquí, recuperada más allá del plano psicológico.

del propio poder: ella quiere probar que no teme nada, que no ama nada, que no quiere nada, con excepción de la propia "absolutez", de ser disponible sólo para sí misma al punto que pueda decidir su muerte cuando le parezca y plazca. Es la libertad de Kirillov, del hombre que vive como conciencia siempre actual del suicidio (en este sentido, como el estoico, es árbitro de la vida y de la muerte), siempre listo al acto para probar el terrible poder de medir lo que al hombre es posible, esto es, "volverse Dios". Pocos se han matado por una razón; Kirillov se mata "sin una razón, solamente para afirmar la propia libertad", para darse gratuitamente el atributo de la divinidad, la "libertad" misma, para mostrar su "nueva terrible libertad". Pero en el "ateo" Kirillov (ex-seminarista y creyente en Dios, "peor que un cura" como teme Stepanovik) hay una instancia religiosa: la mentira no excluyó tampoco a Cristo, "el hombre que fue todo lo que de más alto ha sido sobre la tierra", el "milagro" de las leyes de la naturaleza; también *"Él* fue constreñido a vivir en el medio de la mentira y a morir por la mentira", esto es, para un Dios, un paraíso, una resurrección, que nunca han existido. Si también Cristo ha sido engañado, el universo no es sino mentira, "fuerza diabólica". ¿Por qué vivir entonces? Kirillov "llega a ser Dios", no porque Dios exista y él quiera ser semejante a Él, sino porque es verdad que Dios mismo es mentira, porque ha muerto. Se vuelve Dios para negar que El exista y no morir, como Cristo, por la mentira: es suicida porque es un engaño el martirio; se proporciona la muerte desafiando todo y aceptándola por una engañosa ilusión. Es ateo porque no puede ser creyente, pero por eso mismo reconoce que, si Dios no fuese mentira, el martirio sería la única auténtica voluntad escogida por el hombre. Al contrario, si Dios ha muerto, al hombre mismo no queda sino matarse. Pero matarse es el terrible poder de la libertad, esto es, volverse "un Dios por fuerza". Por eso Kirillov es "infeliz": está "constreñido a afirmar" su libre albedrío y con este acto hacerse un Dios. Para demostrar que Él es mentira debe mentirse a sí mismo, esto es, probar que el hombre es una verdad solamente si Dios es verdad.

Estamos lejos del tipo estoico del suicidio metafísico: no se trata de ser parecidos a Dios, sino de *demostrar* la mentira en su existencia, probar por el suicidio que El no existe y así afirmar al mismo tiempo que, solamente si ha muerto, el hombre puede ser el trágico heredero condenado a afirmar el poder absoluto y terrible de su libertad, el osar todo... como un Dios. El suicidio es la afirmación *apodíctica* (basta mi sola *presencia)* que desmiente la mentira de Dios y pone en su lugar la del hombre, dado que no puede ser verdad su martirio.

La dialéctica de Kirillov es alucinante y desesperada: todo en el mundo es mentira y el mismo Cristo, milagro de la naturaleza, ha caído en el engaño y se ha hecho matar para testimonio de Dios, esto es, de la mentira misma; entonces, no vale la pena vivir. Pero valdría la pena que Dios no fuese mentira, porque en tal caso, todo sería verdad y se explicaría. Y entonces, para "demostrar" que Dios no existe y nada es verdad (para librar de esta mentira a cuantos la creen todavía), y todo es sin verdad, Kirillov escoge la muerte libertadora; propia de esta elección, que prueba el terrible poder de la libertad, lo "constriñe" a hacerse Dios, "por fuerza". Vale decir, por una parte, el suicidio es realizado para demostrar que Dios es mentira, y por la otra, en el momento que la libertad afirma su poder absoluto de osarlo todo, el hombre se hace Dios, él mismo mentira, lo que constituye toda su verdad negativa, en cuanto es la negación de la mentira de la existencia de Dios. Si él afirma el poder absoluto de la libertad, si escoge la tentación del suicidio, por el hecho que puede hacerse Dios, demuestra que Dios mismo es mentira y es verdad su no-existencia. Con este acto, sin embargo, no descubre su verdad humana, en cuanto no puede demostrar que Dios es mentira sin "constreñirse" a sí mismo a ser mentira, esto es, hacerse Dios mismo por fuerza, cediendo a la coacción del terrible poder de su libertad. Cristo, haciéndose dar muerte, ha confirmado la mentira de la existencia de Dios; Kirillov, obedeciendo al "constreñimiento" del suicidio para afirmar el terrible poder de la libertad, demuestra que Dios mismo es mentira, pero puede hacer-

lo haciéndose Dios, es decir, la mentira de sí mismo en cuanto hombre. También su terrible libertad se ahoga en la inmensa mentira que son la vida, esta "fuerza diabólica", Dios y el hombre y nuestro planeta. Cristo y Kirillov: el *martirio* por la fidelidad total a la fe total en la verdad total; el *suicidio* por desesperación absoluta con Dios y toda su mentira, por probar que es justamente así.

Pero el hombre está obligado, por el suicidio metafísico, a transformarse en la mentira de sí mismo, porque la existencia de Dios no es una verdad. Si Él existiera, no sería necesario demostrar que no existe, transformándose él mismo en dios, por el terrible poder de la libertad, esto es, no estaría obligado a una "absolutez" que lo niega como hombre. En el fondo, la libertad le impone transformarse en mentira porque no tiene alguna esperanza en la verdad. Y entonces, por un lado, se deja tentar por el tremendo vértigo de lo Absoluto de la libertad misma, con el fin de liberarse para siempre la humanidad de la colosal mentira de Dios; por otro, acepta transformarse él mismo en mentira, "hombre, nada más que hombre", en la desesperada tentativa, eligiendo el suicidio, de ser el "mártir" de lo imposible. Kirillov es el hombre que, no pudiendo ser mártir de la Verdad porque Dios no existe, tiene tal sed de Dios mismo que, como el enamorado desilusionado, se hace suicida para demostrar a cuantos todavía creen en eso, que Él es una mentira. De otro lado, para dar a su vida y a su muerte una razón, aunque sea absurda, precisamente la de ser en alguna manera "el heredero de Dios", se quita la vida por lo que no puede ser y en el fondo no quiere ser y está obligado a tratar de ser, sólo porque Dios, la Verdad, no es y todo es mentira.

Kirillov es el superhombre de Nietzsche "ante litteram", es la esencia trágica del "titanismo" de la humanidad de hoy en día, distinto de lo griego: no es la fuerza bruta que se lanza contra el Olimpo, sino la libertad que quiere volverse divina para probar que Dios es mentira, sin lograr afirmarse a sí misma como heredera de Dios mismo; no le queda más que el terrible poder de darse la muerte. No es la libertad que quiere igualarse a Dios

o ser parecida a Él, sino la que, constatado que Él es mentira y ha "muerto", se atreve al imposible conociendo bien que es imposible y todo es inútil. Así afirma su positividad en la aceptación consciente de osar sin esperanza. No se puede negar a Dios y pasar la práctica en el archivo; habiéndolo negado es necesario aceptar las consecuencias que el acto comporta, *heredar el cielo,* imponerse la misión "nueva" del hombre nada más que hombre, del hombre que se vuelve Dios. El primer acto de esta misión es radical, se resuelve desde cero: el suicidio, como lo que da al hombre mismo el primer atributo divino, la libertad absoluta, incondicionalmente señora de sí misma. Esto demuestra que Dios es mentira y al mismo tiempo, se atreve a querer todavía la verdad, aunque sepa que todo es sin verdad, Cristo es el mártir de la fe y de la esperanza; Kirillov es el suicida por desesperación, el que no pudiendo creer en la verdad de Dios, rechaza la mentira de su existencia, pero confirma que sólo Él es la verdad en el acto mismo que acepta ser la mentira de sí mismo, el hombre nada más que hombre. La dialéctica del absurdo de Kirillov implica la dialéctica de la verdad, en la cual él no cree, pero para la cual se atreve lo mismo, aunque conociendo que ella es imposible. Kirillov, el príncipe Nicolás, Iván Karamasov, Brand, Zaratustra, Sigfrido, etc., son los hombres de la grandiosa trágica epopeya de todos los que osan el imposible. Son la verdad en la mentira: saben que su querer ser nada más que hombres es mentira, pero saben que es fatal aceptarla porque, sólo aceptándola hasta el fondo, muriendo para la verdad que no es, actúan la sola posibilidad de dar un sentido a su desesperación, de calificar su existencia y rebelarse, sea también sin esperanza, a la mentira universal, que comprende también la de ellos.

Por otra parte, la elección se impone: ser "Peer Gint", que es solamente su instinto espontáneo (y por eso sin libertad), es "como es", "feliz", y "tierno" como un corderito, que se dobla a las canciones de Solveig; o ser Brand, el "deber ser" más allá de lo humano, libertad autónoma de la sociedad y de Dios que impone a Inés beber todo el cáliz del dolor, al hijo la muerte y a la madre

el rehusamiento del consuelo religioso en la lucha "por el hombre, el heredero del cielo", en la batalla desesperada de hacer del hombre mismo el constructor de Dios. Brand sube desde el "abismo hacia las supremas alturas", se queda "a cualquier precio", contra todo lo que se esconde detrás de la "vil palabra" *humana,* inderribable en la lucha, en la tempestad, en la acción, en el nombre del tremendo Dios que es su voluntad de osar, en la encrucijada entre el todo y la nada, allá arriba sangrando sobre la roca y la nieve, *solo,* listo al sacrificio supremo, decidido a escoger la muerte. La avalancha lo envuelve y sofoca sus últimas palabras: "Contéstame, Dios, en el momento de la muerte: ¿no basta el *quantum satis* de la voluntad humana, para conseguir una brizna de salvación?" "No basta", grita una voz entre el relampaguear de los rayos: "El es *Deus charitatis*".

Zaratustra es el símbolo del Hombre que se consuma para una finalidad imposible, frente a algo que lo trasciende, lo "desconocido".

Él busca el fin trágico, el suicidio, fuego de atracción para los discípulos, testimonio ejemplar. El superhombre, el hombre que no es nada más que hombre, es todavía una encarnación del Absoluto. En la inmensidad del "todo es inútil y vano", del "todo es igual a lo que ha sido y será", el hombre inserta el absurdo de su voluntad: sobrepasarse a sí mismo, ir más allá de la vida, tentar la posibilidad de una "libertad nueva". La resolución es desesperada porque sabe querer el absurdo, pero es justamente esta absurda voluntad de sobrepasar el humano insignificante (de ser "por encima" del hombre) que confiere valor a la existencia: sólo reduciendo la humanidad a su negación, el hombre puede calificarse a sí mismo. Es ésta el "alma nueva" del "hombre nuevo", que se atreve al imposible, sabe que su destino es la insignificancia en la universal insignificancia de las fuerzas cósmicas, que la vida es mentira y a pesar de eso se atreve, desafía al destino mismo, se califica en este acto de rebeldía, héroe que para rehusar la mentira escoge el imposible más allá de lo humano sin sentido, mera "representación" que esconde la verdadera "tragedia". El super-

hombre es el caballero que, entre la muerte y el diablo (en una como agua fuerte de Durero), con su perro y su caballo, procede en su fatal camino serenamente, lanzado a la desgracia, pero decidido a avanzar igualmente, a hacer de la fatalidad del destino la potencia de su voluntad, la libre lección de su muerte para lo imposible. "Estaba sin esperanza y quería la verdad". Dialéctica que gira en el vacío sobre sí misma, pero el círculo empieza y se cierra siempre en el signo de lo Absoluto, negación y afirmación de él, al mismo tiempo rechazado y aceptado.

En el mártir la fe indestructible está unida a una indestructible esperanza: él reza ardientemente a fin de que la una y la otra nunca se le pierdan. En el suicidio metafísico (en las formas consideradas por nosotros) está una fe sin esperanza y sin objeto. En Kirillov hay, como en Brand y Zaratustra: cada uno de ellos tiene una fe potente de apóstol y de profeta, que aceptaría el martirio si Dios existiera. Son ricos, desbordantes de fe, quemados por su ateísmo que les priva del objeto sobre el cual hacerla recaer; ni pueden dirigir al mundo lo que puede ser satisfecho sólo por Dios. Desde aquí su radical negación de todo significado y valor a lo que es natural y humano (a la ciencia y a la historia), el querer pasar más allá de la naturaleza y del hombre, su polémica contra el orden constituído, la sociedad, la moral, etc. [5]

"Muerto Dios", nada —ni ciencia, ni historia ni infinitos universos— pueden satisfacer la fe que el hombre tenía puesta en Él. No queda sino intentar el imposible, matar la infinita heredad que aplasta. En ellos la plegaria del creyente, que suplica a Dios a fin de que Él venga a conservar la fe y la esperanza, se transforma en la tremenda plegaria de tener la terrible fuerza de mudar la fe que mueve las montañas y ya sin objeto, en una desesperación metafísica otro tanto potente, porque sólo ella puede darles

[5] Desde este punto de vista su ateísmo, como iremos a ver, es antitético a aquel del "humanismo absoluto" y es la negación del historicismo de Hegel y del hegelismo, los cuales indican al hombre como objeto de su fe en el hombre mismo, la humanidad futura: le ofrecen la solución "antropológica" del problema de Dios. En este sentido también Kierkegaard se alinea con Dostoiewski, Ibsen, Nietzsche, Unamuno, etc.

la absurda férrea voluntad de osar contra el destino, de ir adelante sin esperanza, de querer lo imposible. No es el titánico o satánico desafío a Dios, en una voluntad de soberbia sin amor (Lucifer). Es más bien otra cosa: pronunciada la blasfemia de su negación, es el desafío a la insignificancia de un mundo privado de Dios, la protesta contra el ateísmo, que, diciendo que "Dios es una mentira", en la pretensión de "liberar" al hombre por ella, hace de él y del todo "farsa diabólica". Si se necesita toda la fe para creer en Cristo, a pesar de todo, y también si en el mundo prevalecen el mal y la mentira, se necesita toda la fe de la desesperación para desafiar al destino, sabiendo que es invencible en su ceguera inmutable. No es el suicidio "satánico" de quien odia el bien y lo contrapone al mal (Smerdiakoff, en cierto sentido), que es una forma distinta del suicidio metafísico. Es verdad que Kirillov calificándose con el absoluto de la libertad "se vuelve" Dios, pero está obligado a eso propiamente porque Dios mismo no existe. En el suicidio satánico, en cambio, no se niega a Dios: se afirma y no se le reconoce, se le rechaza, se rebela la creatura que se "contra-pone". Satanás no es ateo: afirma a Dios y se le pone en contra: quiere tener, negativamente, la misma potencia que El tiene positivamente. Dios es Amor y él quiere ser la "creatura, sin amor"; El es el Bien y él quiere ser el Mal; El es la Verdad y él quiere ser la Mentira, etc. Es la pura soberbia que quiere ser el opuesto Todo negativo, no pudiendo ser el Todo positivo; quiere ser todo lo que no es el Ser.

En el momento en el cual maduraba la crisis de la conciencia religiosa europea, "los ateos" suicidas, de los cuales estamos hablando, representan el rompimiento con otro ateísmo, aquél de origen o de inspiración hegeliana, el cual afirma que la "muerte" del Dios trascendente representaba un grado superior de conciencia en la historia del hombre, y precisamente la conciencia de que el problema de Dios es problema del hombre, de aquello que él mismo se construye a través del proceso histórico, para el cual el "mito" de Dios mismo se ha transformado en la realidad racional del Hombre cual será, una vez liberado de la "alienación" religiosa.

Este ateísmo pone la naturaleza, la historia, el hombre, en y para sí mismas como la solución verdadera del problema teológico, cambia el eterno con el devenir. El otro ateísmo se revela contra esta mentira de querer traer de la conclusión negativa (Dios no existe) consecuencias positivas: el Hombre en el mundo es el futuro de Dios, es el absoluto positivo de la libertad en la naturaleza y en la historia. Contra el engaño de colgar sobre el pecho de la Nada el letrero con una inscripción sobre el "Ser", y de querer esconder la desolación con el entusiasmo "humanístico"; contra la vileza de crearse voluntariamente la ilusión de que la existencia, ahora que se ha descubierto que Dios es mentira, ha conquistado su verdadero y último significado, protesta el ateo suicida y provoca la ruptura con el mundo y con la historia, ya sin sentido y sin alguna "razón de ser". Por esto él se extraña del mundo mismo, donde todo es mentira, niega todo valor a la ciencia y a la historia misma y se dispone, armado del tremendo valor de la desesperación, a aceptar la muerte voluntaria como la liberadora de la vanalidad del *"vivere et necesse"*, para ser Dios, por lo menos por un instante, lo que, substrayéndose al futuro, como escribe Michel Stoedter, fija en sí mismo, sólo presente, toda la existencia, hace del tiempo un solo punto, donde ella se recoge "en el puerto" y hace "llama" de sí misma quemando en la "persuasión" de la muerte libre toda la "retórica" de la vida, cuyo vino, todo, ha sido vertido con el "asesinato" de Dios. No es la búsqueda de la muerte para hacer cesar toda necesidad con la negación del yo (esto es, adherirse todavía a la vida que se manifiesta con el libertarse por ella) sino la afirmación del yo mismo, más allá de toda necesidad, comprendida la de vivir (todo mentira). Es la catástrofe al límite de los límites del hombre, que se ilusiona de rescatarnos a todos con la muerte libre, con un calvario, sin otra meta que no sea la muerte misma y la Nada. Por esto también la audacia de osar lo imposible no se salva en la positividad y se ahoga en su misma negatividad, careciendo de un real "más allá" del hombre, del mundo y de la historia. Pero permanece

válido el rompimiento con el historicismo, con los mitos de la ciencia, de la historia y del progreso, del hombre-Dios.

A este punto la desesperada soledad del "Solo" —solo en la mentira de Dios y en la del mundo— que culmina en la trágica epopeya del suicidio metafísico, se hunde en él la áspera dulzura del infinito deseo de caer siempre más abajo en el abismo, de la "vuelta" al líquido caos primitivo (sentimientos estos que se encuentran, por ejemplo, en el joven Werther y en Ana Karenina), empujado por el ansia de confundirse con los elementos de la naturaleza: disolverse en el aire, en el agua, en el fuego, en la tierra, sentidos en toda su potencia de fuerzas cósmicas necesarias, así como lo sintieron los filósofos griegos antes de Sócrates y con todo el sentido trágico del que quiere anularse en los elementos que no conocen luz de conciencia y responsabilidad de voluntad. Sentido pánico de la naturaleza, don de nuestra vida a la tierra madre, que está ahí esperando beber nuestra sangre, que da vida a una incomprensible existencia. Es el atractivo del viaje de regreso sin regreso, del desierto, de la montaña, de la estepa, de la pampa, la atracción "homérica", de la naturaleza potente en su insignificante grandeza, en la cual es tiempo desde siempre que el hombre anule su propia existencia. Es el vértigo de la libertad que no le interesa nada ser libre, y anula el sentido dionisíaco de sí misma en el baile eterno de los elementos.

Traducción de: GIANCARLO VON NAGHER

BERGSON EN MÉXICO: UN TRIBUTO A JOSÉ VASCONCELOS

Dr. PATRICK ROMANELL
Universidad de Texas

CON ANTERIORIDAD A LA REVOLUCIÓN MEXICANA de 1910, México, era, pese a todos los intentos y propósitos, una colonia cultural de Europa, no obstante el progreso alcanzado por su independencia política de España, un siglo antes. Con la Revolución, México nació como entidad cultural *"per se"*.

En contraste con la bandera ostensiblemente anti-nacionalista de la Revolución Rusa de 1917, la Revolución de México, en 1910, fue abiertamente nacionalista, en su orientación general. La Revolución Mexicana, a principios del siglo XX, no solamente llegó a sobrepasar a la Guerra de Independencia, de principios del siglo XIX, propugnando por una recuperación política y económica de México, sino que dentro de la búsqueda de una plataforma política, llega también a completar la conquista hispana, de comienzos del siglo XVI, si consideramos así su esfuerzo intelectual y cultural, en el descubrimiento de México mismo. Este descubrimiento de México —en su aspecto ideológico— realizado por los propios mexicanos, se refleja en forma más precisa en esos pensadores que han interpretado la Revolución en términos que giran en torno al concepto-pivote de la *mexicanidad*.

Así, si queremos comprender qué es lo que hay de nuevo sobre el México antiguo, es necesario acudir en última instancia, a sus filósofos más representativos. ¿Cuál es el motivo de esta actitud?